

DOCUMENTOS

MENSAJE DEL CARDENAL ZENON GROCHOLEWSKI, PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA

Agradezco cordialmente a Su Eminencia el Señor Cardenal Raymundo Damasceno Assis, Arzobispo de Aparecida y Presidente del CELAM por haberme invitado a participar en el II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones.

Con sincero pesar le comunico que no me es posible participar en persona, al tener que permanecer en Roma para ultimar los preparativos de la inminente Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica, en la cual se encuentra incorporada la Pontificia Obra para las Vocaciones Sacerdotales. Sin embargo, no puedo dejar de enviar un mensaje que expresa mis mejores deseos a todos los participantes, siendo la renovación y el desarrollo de la pastoral vocacional un terreno muy importante para la misión evangelizadora de la Iglesia en América Latina y el Caribe.

El evento de la celebración del Congreso se sitúa en la dinámica de la Iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe, empeñada en dar continuidad a su misión de evangelización del «Continente de la esperanza». En efecto, es necesario preparar en las comunidades eclesiales un terreno impregnado del Evangelio para llevar hacia adelante con entusiasmo y coraje una pastoral vocacional dirigida a los jóvenes, para que no falten nunca los sacerdotes necesarios para la vida cristiana de las Iglesias locales de este continente.

Deseo, además, que este II Congreso Continental Vocacional pueda servir de ayuda también a las Iglesias de otros continentes, para una auténtica renovación de la pastoral vocacional a favor de nuevas vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada en un futuro próximo. El Congreso Continental de Vocaciones que se celebró en Itaici-São Paulo en 1994, fue el inicio de una serie de Congresos Continentales que se han ido sucediendo en Europa, año 1997, en América del Norte, año 2001, y en Asia, el año 2007. Aunque en los continentes de África y Oceanía aún no se han celebrado, los delegados de las vocaciones de las diversas naciones de los mencionados continentes se han encontrado a nivel regional para actualizar sus proyectos vocacionales. En modo particular, el Primer Congreso Continental ofreció a la Iglesia un Documento final con el cual se han ido trazando las líneas-guía de la pastoral vocacional, inspiradas en la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* (19 de marzo de 1992), que han servido como modelo para los documentos finales de los demás Congresos Continentales.

El Documento final del I Congreso latinoamericano (1994) hizo propio cuanto el Venerable Papa Juan Pablo II había indicado ya en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Santo Domingo (1992), es decir, que la evangelización tiene que contar con «evangelizadores numerosos y calificados. Por ello, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, así como de otros agentes de pastoral, ha de ser una prioridad de los Obispos y un compromiso de todo el Pueblo de Dios» (*Discurso Inaugural del Santo Padre Juan Pablo II en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo*, n. 26, recogido también en la *Declaración Final del I Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones*, 27 de mayo de 1994). Poniendo su confianza en Dios, fuente de todas las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, los participantes en este Congreso se han propuesto dar una respuesta positiva a las exigencias de la evangelización del continente mediante la difusión de una amplia actividad vocacional dirigida a promover el ministerio sacerdotal y la vida consagrada.

Quiero agradecer a cuantos, en este período de 16 años que han transcurrido desde la conclusión del I Congreso en Itaicí hasta hoy, han favorecido la pastoral vocacional: a los Obispos encargados de las respectivas Conferencias Episcopales, los numerosos sacerdotes que han trabajado en el campo vocacional y que han propuesto a los jóvenes de acoger su llamada al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, a las familias que han ofrecido sus hijos a la Iglesia y a todos los fieles laicos que, reuniéndose en las comunidades eclesiales, han rezado por las vocaciones al «Dueño de la mies» y han creado un ambiente cristiano que ha favorecido una respuesta positiva a la llamada del Señor de centenares de jóvenes que han entrado en los seminarios y en las casas de formación. Precisamente a ellos quiero dirigir un agradecimiento especial, ya que sacrificando todo aquello que el mundo ofrece, han seguido al Señor que los ha llamado como hizo con los primeros apóstoles, diciéndoles: «Sígueme».

Ha sido para mí un motivo de gran alegría constatar que, a partir de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida (2007), ha nacido una mayor conciencia de la necesidad de actualizar la actividad pastoral en favor de las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada. En preparación a este II Congreso Continental, la misma Conferencia llamó a los delegados nacionales de pastoral vocacional a encontrarse en San Pedro Sula, Honduras, en el 2008. En este Encuentro, los delegados afirmaron que el objetivo prioritario del II Congreso Continental Latinoamericano debía ser el fortalecimiento de la cultura vocacional, con el fin de que los bautizados sientan la responsabilidad de la llamada a ser discípulos y misioneros de Cristo en las circunstancias actuales de América Latina y el Caribe. Deseo, por tanto, que durante el desarrollo del Congreso emerjan tanto los aspectos teológicos como los de naturaleza pastoral de la identidad sacerdotal, en modo de ofrecer a los jóvenes un claro proyecto de vida en el seguimiento de Señor que los llama a esta vocación al servicio de la Iglesia en un futuro próximo.

El Papa Benedicto XVI, en su discurso inaugural de la V Conferencia General de Aparecida, quiso indicar, en referencia a la pastoral vocacional y a la vida de los discípulos misioneros de Cristo, algunos elementos fundamentales: «Los primeros

promotores del discipulado y de la misión son aquellos que han sido llamados «para estar con Jesús y ser enviados a predicar» (cf. Mc 3, 14), es decir, los sacerdotes. Ellos deben recibir, de manera preferencial, la atención y el cuidado paterno de sus obispos, pues son los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios [...] Para cumplir su elevada tarea, el sacerdote debe tener una sólida estructura espiritual y vivir toda su vida animado por la fe, la esperanza y la caridad. Debe ser, como Jesús, un hombre que busque, a través de la oración, el rostro y la voluntad de Dios, y que cuide también su preparación cultural e intelectual» (*Sesión Inaugural de los Trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, 13 de mayo de 2007). El mismo Documento de Aparecida ofrece numerosas referencias sobre la vocación y, en particular, la vocación al ministerio sacerdotal. Estoy convencido, pues, de que los expertos, con sus intervenciones, contribuirán a trazar con claridad la identidad del presbítero y la especificidad de la vocación al ministerio presbiteral en la perspectiva de la nueva evangelización y, en consecuencia, la necesidad de promover la pastoral vocacional en las comunidades eclesiales para que en el Pueblo de Dios no falten nunca auténticos y fieles pastores. Esta vocación específica tiene su fundamento en el sacramento del Orden, gracias al cual los presbíteros participan en la dimensión universal de la misión encomendada por Cristo a los Apóstoles (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1565). Además, aquellos que reciben este don mediante la imposición de las manos del Obispo, ejercitan su ministerio «preparados para predicar el Evangelio en todas partes» (Decreto *Optatam totius*, n. 20)

El desafío que los animadores vocacionales del continente latinoamericano y del Caribe tienen que afrontar hoy consiste en la formulación y la presentación de una propuesta vocacional precisa para seguir a Jesucristo en la vida al ministerio sacerdotal. Efectivamente, cada Iglesia local, cuando profundiza en su propia vocación y misión, se convence de la importancia y la necesidad de tener vocaciones al ministerio sacerdotal y se esfuerza en promoverlas, así como aquellas a la vida consagrada.

La vocación al ministerio sacerdotal presenta también a los jóvenes latinoamericanos un desafío importante, ya que, a menudo, les falta el apoyo que en el pasado se podía encontrar en la familia. Hoy, muchas familias no consiguen dar una sólida formación cristiana a sus hijos al encontrarse sobrepasadas por múltiples problemas y, sobre todo, porque el fenómeno de la urbanización de masa ha originado el problema de la supervivencia de la misma familia. Aunque las familias siguen los programas pastorales organizados por las parroquias, la identidad cristiana de los padres y de sus hijos es demasiado frágil en relación con el consumismo y con un contexto cultural que no favorece los valores del Evangelio. En las escuelas, en los lugares para la diversión y en el lugar de trabajo, los jóvenes respiran una cultura marcada por el relativismo, el consumismo y por un *ethos* particular que las sectas proponen como una alternativa a la ética cristiana. A todo ello podemos añadir la terrible difusión del problema de la desocupación.

Deseo fervientemente subrayar también el desafío de la formación de los animadores vocacionales de toda la América Latina. Nos podemos preguntar al respecto: ¿Cuántos agentes de la pastoral vocacional y formadores de los seminarios están

bien preparados para acoger a los jóvenes que llegan, en número reducido, a las puertas de los seminarios?, y, sobre todo, ¿cuántos de ellos son capaces de discernir y hacer madurar la «vocación» de estos jóvenes? Además, es un deber preguntarse por qué tantos jóvenes abandonan su llamada poco después de su ordenación.

En la base de todo es conveniente cultivar una actitud de fe profunda en Dios que no deja nunca a su Iglesia sin los ministros ordenados de los cuales tiene necesidad para cumplir su misión en el mundo. Por eso, se espera de los Señores Obispos, de los sacerdotes y de los fieles dedicados a la pastoral general y vocacional, un generoso esfuerzo de evangelización de las comunidades cristianas, con el fin de asegurar una auténtica vida cristiana y, en particular, un testimonio de fe al rezar al Dueño de la mies que mande obreros a su viña.

De parte de los Centros Nacionales para la Pastoral de las Vocaciones se requiere afrontar el desafío dirigido a la Iglesia con la capacidad de testimoniar y de presentar el Evangelio de la vocación en una manera atractiva, viva, dinámica e inculturada en el ambiente urbano, utilizando un lenguaje que sepa tocar en profundidad la vida de los jóvenes y de los adultos que el Señor, también hoy, llama al ministerio sacerdotal.

Este esfuerzo que atañe a los Centros Nacionales para las Vocaciones reclama una preparación válida de los animadores vocacionales para que sean capaces de interpretar los signos de los tiempos y los cambios de paradigma que están caracterizando América Latina. En particular, es necesario cultivar una espiritualidad profunda de unión con Jesucristo, vivir la palabra del Evangelio en su cotidianidad y testimoniar con su vida a los jóvenes un ideal que pide tantos sacrificios, pero que da tantas alegrías. De este modo, atraídos por el amor de Dios, los jóvenes descubren la llamada al sacerdocio ministerial y la vida consagrada. Para mejorar la pastoral vocacional, hoy es indispensable que también el Seminario se presente a las comunidades eclesiales como una verdadera comunidad evangélica y se convierta en el corazón de la Iglesia local.

¡Que el Señor bendiga vuestro trabajo y acompañe a la Iglesia en América Latina y el Caribe con abundantes vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada!